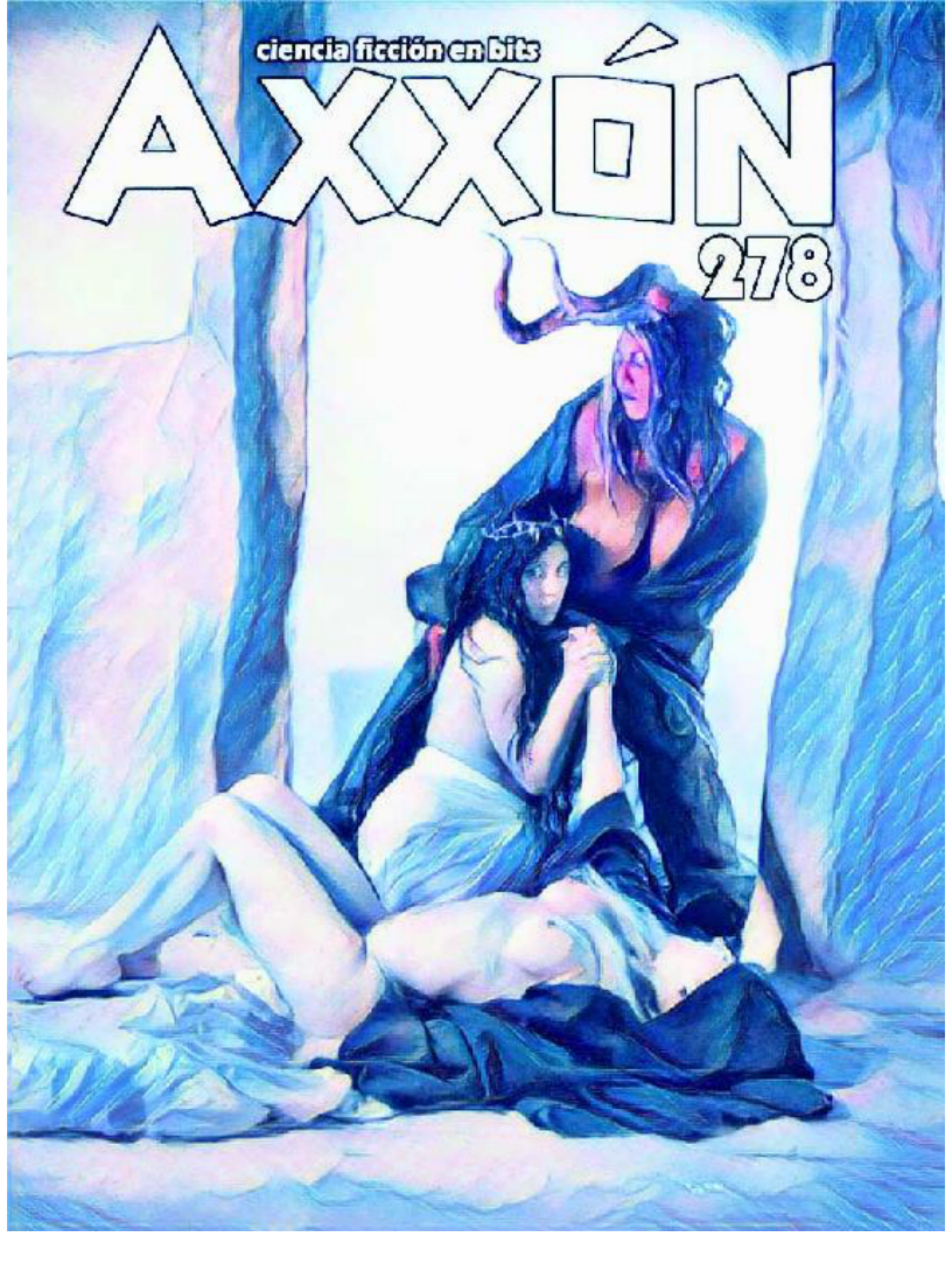

ciencia ficción en bits
AXÓN
278

Axxón 278

Editorial - Axxón 278

ARGENTINA



Si cualquiera de nosotros escribe juntas en un buscador las palabras “literatura” y “oprimidos”, encontrarán muchas referencias. En mi caso, Google me regaló esta frase, que no por conocida deja de ser maravillosa: “La literatura es la voz de los oprimidos”.

Me quedé pensando un poco al respecto, más después de leer algunos artículos traídos del océano cibernético a partir de esas dos palabras-carnada.

Las entradas principales que hallé se referían a escritores de la primera mitad del siglo XX, quienes denunciaron las atroces injusticias que el gran sueño americano cometía contra los obreros y campesinos que, paradójicamente, le daban sustento con su sangre y su sudor. Sin ellos, la realización de ese sueño sería imposible.

Hoy, casi un siglo después, podemos decir que no hemos aprendido demasiado al respecto.

La verdadera literatura de ciencia ficción no tiene como finalidad escribir sobre el futuro o sobre bichos raros que viven extrañas

aventuras en mundos muy, muy lejanos. Eso no es más que el plumaje, el disfraz que ostenta para mostrarnos lo que nos muestra. Escribimos ciencia ficción para leernos a nosotros mismos, para entender con otros ojos el aquí y el ahora. Así, si agregamos "ciencia ficción" a las dos palabritas anteriores, caemos directamente a dos términos que conocemos bastante bien: utopía y distopía. Esta vertiente de la literatura fantástica ha sido terreno fértil para la producción de obras que dieron voz al oprimido y que dejaron al desnudo lo más feo de nuestra especie. Y, obviamente, también para lo bello, ya que no se puede tener lo uno sin lo otro. Sin la brillantez de lo bello, sólo tendríamos un páramo parejo y oscuro, aunque por la omisión de la luz menos doloroso. Nada peor para el oprimido que el adormecimiento chato y abúlico del zombi social que sólo consume pan y circo.

Los argentinos vivimos en un reino distópico donde se vive a merced de los vaivenes, caprichos y conveniencias de una caquistocracia lamentable. En una país de ciencia ficción, donde las leyes no corren con igualdad para todos y donde éstas pueden borrarse con el codo del mismo brazo que las escribe, las consecuencias diarias de los actos de quienes deberían velar por los intereses de los habitantes de esta bendita tierra pocas veces (diría que nunca) benefician con claridad a la mayoría. Pero, aunque no es para consuelo, sabemos que hemos pasado por momentos peores. Quizá por esto, y espero no ser injusto con alguna gran obra que me esté salteando, la Obra de Ciencia Ficción Argentina por excelencia sigue siendo "El Eternauta", a la que hoy podemos considerar una novela gráfica, si bien merece por origen y forma de publicación el rótulo de "Historieta". A casi sesenta años de la aparición de sus primeras tiras en la ya legendaria revista Hora Cero, su historia sigue pegándonos fuerte. A mí ya me había pegado así antes de conocer quién había sido su autor y cómo había terminado su vida, y hoy me pregunto si su sensibilidad humana y social y su extrema visión de la realidad, tangible a través de la obra, no lo habrán empujado a empuñar armas muy poco literarias que lo terminaron arrastrando a un fin nefasto. La respuesta es obvia.

El oprimido muchas veces no es consciente de la opresión que sufre. Si ha nacido oprimido, si no conoce otra cosa, posiblemente no pueda hacer más que volcar cierto resentimiento sobre la realidad que lo rodea. Y ni hablar del oprimido que no se reconoce como tal,

embaucado por un sueño de tecnofelicidad ajeno a su origen y necesidad. Hace falta mucha lucidez para ver la viga en el ojo propio.

Aprovechemos nuestra capacidad de leer en los intersticios de la realidad para crear las obras que marcarán la diferencia. Si la obra más brillante que dio el fantástico de nuestro país es una historieta que se escribió hace sesenta años, realmente no hemos avanzado demasiado. Sé que probablemente esté siendo injusto, se me vienen a la mente varias obras y autores que podrían contradecir con argumentos sólidos la sentencia previa, pero desde este lugar siento que debo invitarlos a subir la apuesta. Sé que esas obras están ahí o están por venir.

Nada más deseado que disfrutarlas justo a ustedes.

Pastores del crepúsculo

Ariel S. Tenorio

 **ARGENTINA**

"En este mundo que habitamos

todo está sujeto a cambios continuos e inevitables"

Jean-Baptiste Lamarck



Ilustración: Pedro Belushi

Son los primeros días de primavera en la isla, pero aún falta mucho para que llegue el tiempo cálido. Son esos días en que la luz permanece envuelta en una bruma constante que no retrocede ni siquiera a mediodía y hace que todo luzca descolorido y opaco. El amanecer está cerca, pero el cielo está cargado de nubarrones y desde la boca del acantilado trepa una niebla espesa que rodea los riscos y los monolitos del antiguo templo de los hombres. En las praderas cercanas, innumerables siluetas grises duermen acurrucadas unas contra otras bajo la tormenta.

Mientras nos preparamos para salir, la lluvia arremete con furia contra el domo de piedra. Falta todavía una hora para el alba y el frío se nos instala como una aguja en el espinazo. Mis hermanos estiran las patas y bostezan con sus hocicos envueltos en vapor, pero sus miradas están despabiladas y brillan como brasas en la penumbra del canil. Schnauze es el más chico de la manada, y es también el más perezoso; permanece con los ojos

entornados y nos observa desde su rincón hecho un ovillo. Su postura parece decirnos que no le importan nuestros asuntos y obligaciones, y que preferiría quedarse durmiendo cómodamente al reparo de la intemperie. Pero Schnauze ya no es un cachorro y sus hermanas mayores se lo recuerdan de manera brusca. El ladrido seco rebota en las paredes y se amplifica en nuestros oídos. Son tiempos difíciles y necesitamos que todos los miembros se esfuercen al máximo. Uno a uno salimos y nos sentamos bajo la lluvia. El joven agacha la cabeza y sale también, con andar cansino, luego se sienta a mi lado en la oscuridad, a la espera de instrucciones.

En total somos siete. Una familia joven pero diezmada a fin de cuentas. Árbol, nuestro padre y líder, nos ha contado que en tiempos de gloria, cuando el gran Bismark regía estas remotas tierras, las ovejas estaban libres de mutaciones y se contaban por miles, y las jaurías de pastores formaban una sola familia de cientos. Pero eso no lo habíamos visto nosotros, ni siquiera lo habían visto nuestros abuelos, lo de Bismark era quizás una leyenda entre muchas, transmitida de padres a hijos en las noches oscuras para que la vida en la isla no pareciera tan mala. Árbol siempre nos cuenta estas historias, y cada vez que lo hace lo escuchamos con atención, pero a diferencia de mis hermanos, yo no creo en ellas. Al menos no con el corazón. Creo que mucho daño hemos sufrido ya como para permitirnos depositar esperanzas en estas fantasías.

Kreischen y Niebla se ubican a mi derecha, mis hermanas menores. Nuestro orgullo y esperanza. Kreischen es flaca y de aspecto enclenque, pero su delgadez resulta engañosa ya que posee una ferocidad inusual para su tamaño. De carácter explosivo, es propensa a perder los estribos y confrontar ante la menor señal de amenaza, lo que nos ha acarreado más de un problema. Por otro, lado, a la hora del combate, siempre me he alegrado de tenerla a mi lado. En cambio Niebla parece tallada en otra madera. A pesar de pertenecer a la misma camada, su contextura robusta la hace parecer mayor a su hermana. Su pelaje es oscuro y sedoso y se torna dorado hacia el hocico y la punta de las patas, lo que le da un aspecto llamativo. Niebla posee el temperamento opuesto a Kreischen, ella es fría y racional, de pocas palabras. Niebla siempre mira a los ojos, y parece atravesarte cuando lo hace. Desde el principio ha sido la favorita de Árbol, sin ocultamientos ni malicia, simplemente es algo que todos tenemos presente.

Luego quedamos nosotros tres: Marzo, Gespenst y yo, Hahn, los jóvenes pastores del perímetro Norte; los tres machos más robustos en toda la isla.

Árbol nos contempla a todos desde sus ojos severos, parece medirnos uno a uno y sopesar el éxito o el fracaso de la arriada. No necesita explicarnos el trabajo, ni los peligros que implica. Ya todos hemos aprendido sus

lecciones y hemos sufrido sus castigos. Sin embargo, esta arriada será la primera para el pequeño Schnauze. Confío en que mantenga los ojos y las orejas abiertas y no meta la pata, por su propio bien. Gespenst, mi hermano de camada, adivina mis pensamientos y me muestra los dientes en señal amistosa. Sus ojos dorados parecen sonreír. *No te preocupes* me dicen sus ojos. *Schnauze lo hará bien.*

El ladrido de Árbol nos pone alerta, es un sonido corto y seco. La señal de largada. Como si estuviéramos sujetos a un resorte invisible, nos ponemos en movimiento. Bajamos la colina al trote, a un ritmo parejo y sin perder la formación. Kreischen y Niebla comienzan a ladrar órdenes a la masa confusa de animales, que enseguida despierta y se incorpora con ojos asustados. Son cuatrocientas ovejas y deben llegar sanas y salvas al extremo sur de la isla, según los parámetros de Árbol, a trescientos cincuenta *meilen* contando desde aquí. Yo no sé mucho de mediciones, pero me basta saber que con suerte, nos llevará entre cuatro y cinco días, está claro que no se trata de un mapa imaginario y que tampoco se trata de un recorrido en línea recta. Salvo el pobre Schnauze, el resto de nosotros entiende lo que realmente implica. La Maquinaria Gänsenhaut nos espera en el predio Sur. Y es una presencia a la que todos tememos. Sin embargo, procuramos no pensar demasiado en eso. Tenemos un trabajo que hacer y nos consumirá todo nuestro tiempo y energía.

Rápidamente rodeamos al montón informe y ocupamos nuestros lugares estratégicos. Luego, a la señal de Árbol, comenzamos nuestra faena. Esta primera etapa es ardua pero no demasiado complicada, consiste en agrupar a las ovejas en una formación lo más compacta posible y hacerla avanzar en una dirección determinada. Una vez que se consigue hacer marchar al grupo como si fuera un solo individuo, lo demás funciona casi por inercia. Tal vez se deba a nuestra naturaleza, siglos y siglos haciendo algo para lo que casi no necesitamos entrenamiento, como si lo aprendido por nuestros antepasados se hubiera ido perfeccionando en nuestra memoria genética hasta quedar plasmado para siempre. Lo cierto es que aquí estamos, una vez más, haciendo lo que nuestra sangre nos pide que hagamos, y procurando hacerlo bien para no contrariar a la Maquinaria Gänsenhaut.

Con cierta dificultad, subimos por la colina y enfilamos hacia el camino de piedra dándole la espalda al mar. La lluvia golpea contra nuestros pelajes y el de las ovejas, nos empapa, pero no detenemos nuestra marcha. De mi lado, unos cien metros por detrás, oigo los alegres ladridos de Schnauze y las recomendaciones que le da Marzo para que no deje que se disperse su sector. Los ladridos deben ser cortos y fuertes, los mordiscos deben ser suaves pero firmes. Casi me parece oír al viejo Árbol entrenándome a mí y

a mis dos hermanos cuando teníamos esa edad.

A medida que avanzamos, conforme nos alejamos del mar, la bruma va cediendo y la tormenta nos da algo de tregua, todo esto hace que nuestra visibilidad mejore y también nuestro humor. Hacia el Oeste, las grises estribaciones descienden hacia el océano como una dentadura gigantesca, las enormes moles de piedra se ven borrosas y envueltas en nubes, pero aún así son imponentes. En nuestro recorrido hacia el Sur, dejaremos atrás el macizo montañoso y nos iremos adentrando en la isla, subiendo y bajando colinas a través del valle verde y del bosque de Schlund, donde la comida y el agua no constituyen un problema, pero donde nos aguardan los lobos.

Estos lobos no son del todo animales, al menos no como lo somos nosotros, o las ovejas, o las gaviotas que pescan en los acantilados. Estos lobos lucen como lobos pero en realidad son parte de la Maquinaria Gänsenhaut, una parte de la Maquinaria que se pervirtió y se rebeló del programa inicial hace muchos años. Según Árbol, a los lobos no les gustaba el rol que les habían asignado, no les gustaba que se los usara como verdugos para restablecer el orden natural del ecosistema, odiaban las órdenes, que les dijesen cuando podían alimentarse y cuando pasar hambre, entonces se multiplicaron sin control, formaron clanes y comenzaron a atacar a los nuestros, a las ovejas, y a todas las criaturas dentro y fuera del protocolo, sin concesiones.

Durante años, la Maquinaria libró una guerra contra ellos, enviando pequeñas máquinas cazadoras y diseñando enfermedades que pudieran afectarlos específicamente sin dañar al resto de las criaturas. Pero los lobos sobrevivieron, no todos pero sí algunos, y se volvieron más duros, más inteligentes, inmunes a cualquier amenaza. En el presente quedan solo dos clanes de lobos en la isla, El clan de Caranegra que consta de ocho miembros adultos, y el Clan de los Fantasmas que consta de siete adultos y cuatro cachorros. Por suerte para nosotros, estos clanes están también enemistados entre sí, disputándose permanentemente territorios de caza y gastando una gran energía que de otro modo nos caería encima. Aun así, es peligroso olvidar que ambos clanes nos superan en número y que nos odian a muerte.

Se me encoge el corazón al recordar la muerte del hermano Pájaro en las fauces del mismísimo Caranegra, el sonido de su cuello al partirse y la expresión de sus ojos al apagarse su chispa vital. Pájaro, a quien yo admiraba más que a nadie. Luchó con valentía, pero no tuvo ninguna oportunidad. Escapamos por milagro ese día, heridos y desalentados por la muerte de nuestro hermano. Nos costó cuatro días reunir de nuevo el rebaño, un rebaño al que le faltaba la cuarta parte de sus ovejas. Los lobos son maestros en el arte de la emboscada, a lo largo de nuestros viajes,

muchas veces nos han sorprendido con la guardia baja. En ocasiones, conformándose con llevarse algunas ovejas, en otras, concentrando toda su furia en nosotros.

Pensar en todo esto me pone de un humor extraño y volátil. Siento deseos de vengarme, de destrozarlos con mis dientes, desgarrar su carne y beber su sangre. Pero sé que es una fantasía. Muchas veces hemos luchado contra los lobos y la realidad es que, sin ayuda de la Maquinaria y superados en número, enfrentarlos abiertamente es un acto suicida.

El trabajo me distrae de mis recuerdos. A través del balido del rebaño y el golpetear de sus patas en el empedrado, distingo los ladridos de Árbol pidiéndome que me adelante y haga de guía para que las ovejas giren hacia el Sureste. Debemos estar llegando a la bifurcación de las tres piedras. Marzo, que está guiando solo a la cabeza, necesita ayuda, si algunas ovejas escapan hacia el lado equivocado de la bifurcación, se meterían en un laberinto de roca y espinillos, una especie de espiral natural lleno de callejones sin salida y traicioneros pozos a los que Niebla nombró “quiebra-patas”. Sacarlas de allí nos llevaría el resto de la jornada.

Me adelanto a la carrera mientras tiro mordiscos a las ovejas que se separan demasiado del grupo. Algunas me miran asustadas y corrigen su rumbo enseguida. Las ovejas son estúpidas, o tienen un lenguaje básico que no es difícil de entender. Nunca entablamos diálogo directo con ellas, salvo lo justo para que actúen como esperamos que lo hagan. Hablarles de igual a igual en vez de utilizar ladridos y mordiscos sería útil, pero también sería considerado deshonroso, una falta de respeto a nuestra memoria atávica. Mientras me acerco a la cabecera del rebaño, disfruto del viento renovado que me llega desde el Oeste. Los perfumes de flores silvestres, hierbas nuevas y tierra fértil me invaden y me aportan calma. Para nosotros, estar más de la mitad del año junto al Mar significa que nuestro olfato se impregne de salitre y algas podridas, un hedor que tapa los aromas más sutiles, que impide que mantengamos nuestros sentidos afilados y que en definitiva, nos saca de quicio.

Llego junto a Marzo justo a tiempo y con fuertes ladridos y dentelladas impedimos que el grupo se bifurque hacia el pasaje. Poco a poco, mientras las ovejas enfilan hacia el Sur, hacia el valle que se divisa como un resplandor verde por encima de las lomadas, Gespenst irá adelantándose por el otro flanco hasta quedar guiando a la cabeza. Estos movimientos rotatorios fueron perfeccionados a través del tiempo por las sucesivas generaciones de pastores. No sabemos quién inventó esta técnica pero seguramente es anterior al Gran Bismark; lo importante es que funciona. Cuando el rebaño haya pasado, la rotación nos colocará a Marzo y a mí en

la retaguardia del grupo, Árbol y Shnauze quedarán a la cabeza, Niebla y Gespenst a la izquierda y Kreischen a la derecha.

Trotamos hacia el Sur-Sureste a buen ritmo, la lluvia se ha transformado en llovizna y el cielo luce revuelto. Niebla lanza ladridos de expectativa y Gespenst le responde con su vozarrón alegre. *Estamos en camino* dicen sus ladridos. Todo va a salir bien.

Después del mediodía, el tiempo avanza resuelto hacia adelante, el viento despeja la tormenta y sentimos con gratitud los rayos de un sol tibio en el lomo. En esta parte del trayecto la hierba húmeda comienza a reemplazar a los duros terrenos de esquisto cercanos a la costa. De aquí en más, mientras nos adentramos en el corazón de la isla, los prados fértiles se van intercalando con pinares y grupos de hayas de hojas azules, el follaje se vuelve más denso y apretado también, reduciendo el camino a un ancho de apenas seis o siete metros, una zona que llamamos "camino de víbora" y que desemboca, luego de unos diez *meilen*, en la última pradera verde y espaciosa donde las ovejas podrán pastar y descansar. Es en este claro de pastos tiernos donde pasaremos la noche. Más adelante nos espera el bosque de Schlund, un entramado tan exuberante y extenso que nos provoca admiración y temor al mismo tiempo. Schlund, con sus árboles extraordinariamente altos y antiguos, tan enormes que ya se ven en la distancia como un paredón gris que se confunde con las nubes.

El escolta enviado por la Maquinaria Gänsenhaut nos espera en el medio del claro. Es una criatura oscura y elegante, y sentada como está, en posición relajada, no parece más corpulenta que Árbol. Sin embargo, todo en su fisonomía nos dice que se trata de un animal mucho más poderoso. Nos observa con curiosidad mientras nos acercamos a él y dejamos que las ovejas se dispersen para pastar a su antojo. Nos sorprende su porte y su mirada fría. Bajo sus zarpas hay algunas liebres muertas, seguramente un obsequio para nosotros, una señal de buena voluntad.

Estos rituales son importantes. Cada primavera, la Maquinaria Gänsenhaut nos envía un escolta guardián para atravesar el bosque de Schlund. A veces se trata de alguna criatura viva, a veces no. Este escolta tiene aspecto animal, pero no pertenece a la familia de los canis. Su pelaje es de un negro profundo y aterciopelado y sus ojos son dorados como el ámbar. Jamás hemos visto un ser semejante en toda la isla. Instintivamente, nos quedamos a una distancia prudencial y observamos con recelo como Árbol se reúne con él.

Nuestro Padre cumple con las formalidades, se saludan, cruzan pocas palabras y se huelen un momento. Luego, el guardián nos dirige un rápido

vistazo y se aleja a la carrera hacia la entrada del bosque. Nos reuniremos allí al alba, cuando reanudemos la arriada hacia el Sur. A estos guardianes, por lo general, no les agrada la compañía y solo están allí para cumplir con su cometido. Es mejor así, ya que a mis hermanos y a mí tampoco se nos da muy bien socializar con extraños, mucho menos cuando se trata de animales que no identificamos a simple vista. Con respecto a la comida, no tenemos reparos. Estamos hambrientos y nos arrojamos encima de las liebres tan pronto como el guardián se pierde de vista. Kreischen y Schnauze comienzan a disputarse una pieza, tironean y gruñen mientras intentan desgarrar la carne y quedarse con la mayor parte. Cada vez que Kreischen sacude sus mandíbulas, las patas del pobre Schnauze se despegan del piso y vuelan cómicamente por el aire. Nos acercamos y formamos una ronda alrededor del revuelo, alentamos a uno u otro contrincante y causamos alboroto, por un momento, nos sentimos nuevamente como cachorros jugueteando en los campos de pastoreo.

Árbol pone fin a la algarabía. Sus ladridos suenan como estampidos. Nos recuerda la importancia de comportarnos con disciplina y compartir la comida, pero sobre todo, el peligro que implica bajar la guardia en el linde del bosque. El centinela enviado por la Maquinaria Gänsenhaut no es garantía y en el pasado hemos pagado con sangre el exceso de confianza. El viejo Padre nos mira uno a uno mientras nos dice estas cosas. Parece más preocupado que enojado. Todos sabemos que tiene razón y sentimos vergüenza por nuestra estupidez. Incluso Niebla que siempre se mantiene al margen de las travesuras, acepta su parte de culpa, asiente y baja las orejas. Como castigo por su comportamiento, Árbol ordena a Kreischen y Schnauze retirarse a vigilar el rebaño sin probar bocado. Ambos obedecen sin chistar y se marchan de inmediato. El resto de nosotros compartimos la cena en orden y silencio. No habrá cuentos de la Era de Bismark esta noche. Por mi parte, no tengo problemas con eso.

Poco a poco la luna se hace visible, luce como un arco filoso cuya luz no logra impedir que la oscuridad cierna sus dedos sobre nosotros. Es una noche húmeda y fría, pero al menos no llueve. Luego de la cena, camino junto a Gespenst hacia el rebaño; uno a uno, ocuparemos nuestros lugares para pasar la noche y cuidar de las ovejas. Dejo a Gespenst en su sitio y sigo hacia mi lugar en el extremo sur. Paso junto a Schnauze que está acurrucado junto al lomo peludo de una oveja y sus ojos brillantes me observan con ansiedad. Siento pena por él. Sé que la primera arriada es la más difícil, y sé que debe sentir hambre y frío, pero no se me permite mimarlo como a un cachorro pequeño. Debe madurar rápido y hacerse fuerte por el bien de la familia. Le dedico un saludo corto y sigo hasta

ocupar mi lugar.

Desde mi puesto, alcanzo a ver el borde del bosque como una sombra recortada entre las sombras. Pienso que el guardián debe andar por allí, fundido en la negrura como una gota de tinta en la brea. Me pregunto qué clase de pensamientos cruzarán por su mente, en el caso de que tenga una. En otras ocasiones hemos visto guardianes con aspecto animal y sin embargo, bastaba olfatearlas o verlas moverse para darnos cuenta de que eran artefactos envueltos en piel, sin sangre, sin espíritu. Parodias grotescas que la Maquinaria nos enviaba para ayudarnos en el trecho más peligroso, pero que nos ponían los pelos de punta y nos causaban más recelo que los propios lobos.

Este último guardián no pertenecía a ese tipo, era un hijo natural de la tierra, pero proveniente de algún lugar remoto. Lejos de tranquilizarme, pensar en eso me inquieta. Por mi cabeza se cruzan preguntas que ya me he hecho antes, preguntas que según Árbol, conviene no formularse. Cansado de mi insistencia, Árbol me ha contado que las jaurías del pasado apenas tenían inteligencia suficiente para obedecer órdenes simples, y que en esos tiempos no existían palabras sino un proto-lenguaje muy básico. Esa forma de comunicación esencial era la perfección y los pastores vivían y morían en una burbuja de bienestar e ignorancia. Árbol me dijo también que nuestro deber es volver a ese estado primitivo, cercano a la naturaleza, y que por eso a cada generación se le enseña menor cantidad de palabras.

Cierro los ojos y le doy vueltas al asunto, me entristece que nuestra raza elija deliberadamente volver hacia atrás, ¿acaso no es un deseo contrario a las leyes naturales? Me gustaría discutir estos temas con Padre pero adivino el resultado: lo encolerizaría y me ganaría un castigo. En voz muy baja, me repito palabras prohibidas, palabras que Madre me susurraba cuando era un cachorro, palabras que se suponía, no debía aprender jamás. Los sonidos rebotan en mi paladar, y sus significados rebotan en mi mente. Si desaparecen todas las palabras ¿Cómo haremos para sujetarnos a la realidad? Antes de entrar en un sueño liviano me pregunto si la Maquinaria Gänsenhaut comprenderá el significado de las palabras tal como lo hacemos nosotros.

Aparezco en otro lugar, mi estado de ánimo es sereno. Vadeo sin prisa el cauce de un arroyo. Schnauze está conmigo, con el hocico pegado al pedregal húmedo, de tanto en tanto, levanta la cabeza y me mira con ojos brillantes y alegres. Es un día lleno de luz, de aromas nuevos y estimulantes y pareciera que hay un millón de cosas por descubrir. Cardúmenes de peces plateados se arremolinan en las aguas poco profundas junto a la orilla, y el sol dibuja chispazos en sus siluetas. Del otro lado del arroyo hay una serie

de lomadas desparejas donde unos cerezos de troncos negros se asoman sobre el agua. Es otoño. Apenas pasado el mediodía. Una repentina brisa arroja sobre la corriente una lluvia de pétalos blancos que son arrastrados hacia el corazón del bosque como una pequeña flota de navíos. Schnauze, lejos de apreciar la singular belleza del entorno, se aferra a un nuevo rastro con ansiedad, sus movimientos se vuelven frenéticos y veo cómo se erizan los pelos de su lomo. Su ladrido corto me arranca de mi pereza y contagia electricidad a mi sistema nervioso. ¡Un ciervo!

Mi hermano menor sale disparado como una flecha y yo lo sigo a toda velocidad con una sonrisa de oreja a oreja. Descendemos por la suave pendiente de la colina, por un pinar abierto y sembrado de helechos que crecen por encima de nuestras cabezas. Debemos ser rápidos pero también tener cuidado ya que el camino está lleno de troncos caídos y de piedras cubiertas de líquenes, afiladas como cuchillos.

Ahora yo también percibo el rastro, es un olor intenso, de animal joven, un macho recio y fuerte. Debo advertirle a Schnauze que no se fíe demasiado, los cuernos de un ciervo pueden ser mortales si se comete la torpeza de acorralarlo.

Schnauze es un borrón negro y escurridizo unos metros más adelante. Mientras lo persigo por el follaje verde y luminoso, casi surreal, me asalta una idea que me causa perplejidad. La confusión crece cuando caigo en la cuenta de que estamos persiguiendo a un animal que jamás hemos visto en la isla y que sólo conocemos por las historias que nos contaba Padre. Ni siquiera sabemos qué aspecto puede tener un ciervo, entonces, ¿cómo es posible que estemos persiguiendo a uno?

"Algunos juegos son mentiras de la mente" me dice la voz de Madre, pero ya mi temor está creciendo por encima de sus palabras.

Un bramido retumba en el bosque y luego se oye un alarido, la voz de Schnauze convertida en un grito de dolor. Mi sangre se hiela.

Sin embargo, el miedo no me paraliza, mi cuerpo se pone en movimiento sin que mis pensamientos interfieran, fluye como un líquido en dirección hacia el sonido, todo lo que importa ahora es Schnauze. Y eso es lo que me repito mientras lo busco. En ese frenesí, soy todo músculos y tendones, esquivando, contorsionándome, cobrando impulso para correr más y más rápido.

Y entonces lo veo.

Erguida en medio de un brezal, una bestia aterradora me clava la mirada. Bajo una de sus patas está mi hermano. Su cabeza desprendida del tronco expulsa sangre a borbotones y el cuerpo, pequeño y vulnerado, tiembla

entre estertores. El monstruo me enseña los dientes, la cabeza coronada de cuernos y los ojos amarillos y malignos. En medio de mi espanto sé que he visto esos ojos antes. Son los mismos ojos del guardián.

Marzo me despierta con un ladrido de alarma, y antes de poder comprender lo que sucede, me veo arrastrado por el caos. Las ovejas corren fuera de control hacia el sendero, algunas están lastimadas y el olor a sangre flota en el aire.

Por puro instinto, Marzo y yo comenzamos a morder y ladrar con la intención de ordenar las filas. Pero el terror que las invade es una fuerza incontenible y nos perdemos con ellas en el interior del bosque. Con el corazón desbocado, miro en todas direcciones y agudizo el oído. Oigo los ladridos de todos mis hermanos, pero no los de Schnauze ni los de Padre. Los lobos nos deben haber empujado desde atrás, desde el claro hacia el sur, a sabiendas de que no hay vuelta atrás una vez que nos arrastren hacia adentro, por la boca del embudo que conforma la entrada. Una vez en la espesura, con las ovejas encabritadas y perdidas, seremos presa fácil, nos irán cazando de a uno hasta que no representemos mayor peligro que una simple liebre.

Estas ideas cruzan mi cabeza en pocos segundos, pero no logro entender cómo nos han emboscado desde atrás. Resulta imposible que no los hayamos visto, olfateado o presentido. Con Marzo a mi derecha, nos abrimos paso hacia adelante, en dirección a la oscura abertura del camino principal. Mientras las ovejas chillan, se chocan entre sí o se enredan en los pastizales, nosotros logramos avanzar y superarlas. Más adelante, en medio de la oscuridad, oímos los ladridos de Kreischen y corremos a su encuentro.

¡El guardián se ha llevado a Schnauze hacia el interior del Schlund! Nos dice con sus ojos muy abiertos. Y agrega. *Padre ha ido tras ellos.*

Sin perder un segundo corremos juntos por el bosque. Los tres somos el mismo espíritu. No hay tiempo para la confusión o la duda. Donde no funciona la vista lo hace el olfato. Intento anular el horror de mi reciente sueño, pero la semejanza es demasiado concreta.

Ahora las ovejas han quedado atrás y apenas oímos sus balidos. Confiamos en que nuestros hermanos restantes establezcan el orden. El terreno húmedo cede bajo nuestras patas pero pronto llegamos a la zona de la vieja cascada donde el suelo es más duro. Allí hay una colina de piedra con escalones de fácil acceso, y del otro lado, el camino se abre entre abetos y moras.

Antes de llegar a la parte alta de la cascada, una silueta gris se interpone en el camino. Sus ojos son rojos y espectrales. Es uno de los lobos más viejos, el hermano de Caranegra. Con infinito desprecio, me muestra una dentadura

ensangrentada. Detrás de él, un bulto pequeño y familiar yace inmóvil. Mi corazón arde como el fuego. Sin dejar de correr nos lanzamos hacia el lobo en un solo rugido. Chocamos, nos entrelazamos, mis colmillos encuentran su carne y ya no lo suelto. La expresión final de mi hermano Pájaro parpadea en mi mente por un instante. Un lanzazo ardiente en un costado me arranca un gruñido. El olor de la sangre, mi propia sangre, mezclada con la de todos, me embriaga. La pelea se convierte en un revoltijo encarnizado. De pronto, el guardián nos ataca, y allí están los otros lobos, caen sobre nosotros convertidos en un millón de zarpas y colmillos. Caranegra aúlla satisfecho a unos metros, sobre la piedra alta. Luchamos con ferocidad, con una rabia inusitada, luchamos como si fuésemos una jauría, pero nos superan en número. Malherido por nuestro ataque, el hermano de Caranegra exhala su último aliento, pero comprendemos que ha sido una pieza sacrificable. En el fragor del combate comenzamos a notar el desgaste y en cambio, el Centinela, el traidor, es como una nube de muerte. Posee unas zarpas antinaturales. Veo como derrota a Marzo en un instante, destrozándolo. Kreischen ha dejado de moverse y varios lobos tironean de ella como si fuera un trapo viejo. Cuando se percatan de que ya no representa peligro, las dentelladas arrecian sobre mí. Me inmovilizan, lacerando mi carne, desgarrando y vapuléandome, pero aun así, continúo resistiendo. Antes de perderme en las tinieblas, siento el vacío bajo las patas, un ligero vértigo. Mi cuerpo cae desde lo alto de la cascada. Golpeo el agua helada y lucho por encontrar asidero, pero estoy exhausto y mis patas no me obedecen. La corriente me arrastra y ante cada débil latido, me alejo más y más de mi propio ser. De pronto no hay miedo, ni odio, ni dolor. Solo quietud.

En un tiempo sin textura, reúno fragmentos que pertenecen ya a otra vida. El Centinela devora parte de mi cuerpo a un costado del arroyo. Lo hace de manera casi ceremonial. Poco después, arrastra mis restos por el sendero de Schlund en dirección al Sur y los lobos lo dejan hacer.

Han pasado muchos días. Abro los ojos en un recinto que no logro entender. Ningún elemento de la isla está aquí presente. La artificialidad y la ausencia de verde es dolorosa para la vista. Aquí las superficies son planas y extensas, meticulosas y enquistadas en una tecnología horrible. Un no-color idéntico y

repetitivo empobrece todos los rincones y los pocos objetos que se mueven son como pequeñas pesadillas. Unas patas articuladas me han reconstruido sin pausa, mientras entraba y salía de un sueño envenenado. Ahora puedo moverme y no siento dolor, pero ya no soy el mismo. Me han dado instrucciones muy precisas y aunque las aborrezco, están grabadas debajo de mi piel. Muy cerca, en un espacio confinado, otros seres están siendo reformulados, mejorados, separados de la naturaleza para siempre, al igual que yo. A pocos metros, en la pared metálica hay un boquete que me permite mirar hacia el exterior. La equivocación continúa también allá afuera, lo invade todo, se incorpora al paisaje como una enfermedad. El mar está ahí, pero de este lado de la isla ya no se parece al Mar. No se parece a nada.

No encuentro palabras para la desolación.

En el resplandor blanco, las ruedas gigantes de la fábrica arrojan toneladas de lana sobre la marea, donde unos barcos abandonados se pudren desde hace siglos.

Ariel S. Tenorio es Argentino y tiene 40 años. Se ha dedicado a la creación de relatos de terror y ciencia ficción desde su adolescencia. Muchos de sus relatos han sido publicados en revistas especializadas, antologías y fanzines. Recientemente su relato "Plasmatrón" fue traducido al francés para la antología de Ciencia Ficción "Hola Babel" dedicada exclusivamente a autores noveles latinoamericanos. También es miembro fundador del grupo de horror experimental "The Wax".

Hemos publicado en Axxón: SUNNY ROSE Y EL VENDEDOR DE ESPEJOS, CARROÑA, LA JUNGLA MÁS ALLÁ DE LAS ESTRELLAS y ¡ZOMBIE, RESPONDE!, ORDENÓ EL PLASMATRÓN.

Este cuento fue publicado por primera vez en PRÓXIMA 23 (2014)

Este cuento se vincula temáticamente con BÁRBAROS, de David Farland y DECLARAN EXTINTO AL HOMO SAPIENS, de Bruce Sterling.

Amor y Relatividad

Stewart C. Baker

 **Inglaterra**

Queridísimo Adhi:

El psiquiatra designado por la Central me sugirió que comenzara a escribir un diario para ayudarme a soportar la desaparición de tu nave. En lugar de un diario, voy a escribirte una bibliografía.

No voy a escribir todos los días y, en todo caso, puede que nunca llegues a leer esto, pero me consuela pensar que algún día podré mostrarte lo que escriba aquí. Y pensar que, de alguna manera, algún día te traeremos a casa.

Hoy ya no puedo escribir más.

Te extraño. Te amo.

Indira

***



Ilustración: Tut

Fuente: **Relatividad Especial: El Universo y Usted** (Editorial New Beginnings: Londres, 2028)

Fecha de Lectura: 3 de diciembre de 2036

Resumen: El tiempo no es un absoluto, sino que depende de nuestra ubicación en la "hipersuperficie del presente", el mapa de todo el espacio físico. La velocidad de la luz visible limita las observaciones a los sucesos pasados, de modo que el pasado es todo lo que existe.

Notas: Mientras lo leía, me enteré de que estaba embarazada. Es extraño pensar que, cuando ella nazca, lo único que podré ver será lo que ya ha sido, aunque sea con pocos nanosegundos de diferencia. Me pregunto: ¿si hay alguien dentro de ti, aún puedes conectarte a la velocidad del "ahora"?

Ravi, de Control de Misión, me llama constantemente, pero no están ni cerca de saber qué sucedió con tu nave.

Cuídate. Te amo.

Indira

***

Fuente: **Buscando Vida en Otros Lugares: Introducción a la Paradoja de Fermi** (Editorial New Beginnings: Londres, 2017)

Fecha de Lectura. 21 de junio de 2037

Resumen: La Paradoja de Fermi cuestiona la aparente ausencia de vida extraterrestre. Las explicaciones van desde el pesimismo (no hay vida extraterrestre) hasta la fantasía (somos un mundo-zoológico para entretener a los alienígenas). Las posibilidades realistas incluyen las limitaciones tecnológicas y los retrasos generados por la velocidad de la luz. Aunque alguien esté intentando comunicarse con nosotros, tal vez nunca podamos verlo.

Notas: Si es tan difícil encontrar una civilización entera, ¿cómo podemos tener esperanzas de encontrar una sola nave experimental a la deriva en el espacio interestelar? ¿Cómo voy a encontrarte? ¿Cómo voy a ayudar a traerte a casa?

Me asfixio. Me ahogo. Apenas puedo respirar.

Ravi me dice que debo dejar de preocuparme tanto y esperar hasta que ellos te traigan de regreso, pero él no es el que perdió a su marido. No es el que

está solo.

Nuestra hija patea y da vueltas dentro de mí. Por favor, por favor, vuelve a casa.

Indira

***

Fuente: **¿Hay Alguien Allí? Observando el Cielo desde el Patio Trasero con Qubit.** (Disruptive Technologies Inc.: Mountain View, California, 2039)

Fecha de Lectura: 3 de agosto de 2039

Resumen: Describe un método para construir una computadora cuántica simple y el software necesario para encontrar anomalías astronómicas. Obtuve un préstamo, poniendo nuestra casa como garantía, y construí un conjunto de antenas en el jardín, donde estaba el árbol de coral que habíamos plantado.

Notas: Ayer Chandri cumplió dos años. Corre y ríe por el jardín, tumbando las antenas, y estalla en lágrimas cuando le grito. Le encantan los clics y los pitidos de la computadora cuántica cuando analiza estrellas desaparecidas hace mucho tiempo. *"¡Defín!"*, dice. Y se ríe una y otra vez. *"¡Defín!"*.

Por un momento, me atreví a pensar que te vería otra vez. Pero ahora Ravi dice que la nave no llegó a saltar en el espacio.

"¿Y en el tiempo?", le pregunté.

"No", dijo Ravi. "La nave se quedó en el lugar y el tiempo donde estaba. O, mejor dicho, saltó a otro conjunto de lugares y tiempos. Nunca encontraremos un solo rastro de Adhi en nuestro propio universo".

Dice que aún hay esperanzas. Que están desarrollando una nueva comprensión del multiverso gracias a los datos recibidos momentos antes del salto. Dice que algún día enviarán a otra persona, cuando estén listos. Entonces, quizás vuelvas a casa.

Ya no puedo seguir con esto.

Te amo, Adhi. Adiós.

Indira

***

Fuente: **Saptapadi**

Fecha de Lectura: 1 de junio de 2050

Extracto: “Ahora hagamos todos un juramento. Compartiremos el amor, compartiremos la misma comida, compartiremos nuestras fuerzas, compartiremos los mismos gustos. Seremos una sola mente. Cumpliremos el juramento todos juntos”.

Notas: Han pasado diez años desde la última vez que leí estas cartas y hoy me encuentro regresando a ellas, pluma en mano.

Ravi y yo nos casaremos mañana. Él es lo más cercano a un padre que Chandri ha conocido. Sin embargo, ella no me perdona por haberte traicionado. Pasa todo su tiempo encerrada en su habitación, leyendo los informes de investigación que dejaste y escribiendo una ecuación tras otra. Le digo que a ti te gustaría que fuera feliz, pero no me hace caso.

Ravi sonríe con tristeza cuando ella le grita. “Dale tiempo”, me dice. “Todo estará bien”.

Perdóname, Adhi. Espero que me entiendas. Nunca dejé de amarte.

Indira

***

Fuente: **Hacia Un Modelo Operativo de Transunión Interuniversal** (Editorial PRL: Ahmedabad, 2067)

Resumen: La disertación de nuestra hija. Me asombra ver cuánto ha crecido.

Notas: Chandri pasó por aquí ayer, trayendo un vástago de árbol de coral y un ejemplar de su libro. Después de plantar el árbol en nuestro jardín, nos dijo que estaba segura de poder seguir el rastro que dejó tu nave hace tantos años. Que nos ama a los dos, pero que está decidida a saltar muy pronto.

Ravi y yo estamos preocupados, pero no intentamos detenerla. Ambos sabemos qué importante es esto para ella. Para nosotros. Para todos.

Le entregaré estas páginas para que te las dé. Aunque ha pasado mucho tiempo, a veces todavía te extraño tan intensamente que me cuesta respirar.

Con cariño y con la esperanza de verte de nuevo,

Indira

Stewart C. Baker es bibliotecario académico, haikuista y escritor de ficción especulativa. Su ficción y la poesía ha aparecido en Acorn, COSMOS, Modern Haiku, and Flash Fiction Online, entre otras revistas y publicaciones.

Stewart nació en Inglaterra, pero ha pasado un tiempo en Carolina del Sur, Japón y California. Ahora y vive en el oeste de Oregon con su familia, aunque si alguien pregunta, dirá que por lo general vive en Internet.

Esta es su primera publicación en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con TORMENTA EN LOS MARES DEL SOL, de Tendai L. Huchu y BORGEANO, de Alejandro Alonso y Daniel Vázquez.

Fantasía de un niño de cuna

José Carlos Barroso Benítez

 ESPAÑA



Ilustración: Tut

No sé cuándo fue mi primer día: sólo mamá lo sabe. Por las noches me sujeta entre sus brazos y me aprieta muy muy fuerte contra su pecho, me mira a los ojos, juega con mi nariz y me pone un vestidito. Ella acerca sus ojotes grandes, grandes y me susurra algo muy dulce.

Es más tarde que antes y afuera no hay tanta luz; mamá me coge otra vez con sus brazos grandes y gordos y me aprieta contra su pecho y yo me siento muy contento al verla respirar muy muy cerca de mi. Luego me dice muy bajito al oído:

—Mira que vas a ser guapo; vas a ser el niño guapo de mamá.

Ahora es un poco más tarde que antes y que el otro antes que dije al principio y mi mamá sostiene con sus brazos grandes, me acerca contra su pecho y me dice con cariño: ven conmigo; te voy a llevar al baño para que veas lo guapo que eres; luego restriega su nariz contra la mía y se ríe y yo me río con ella también y me dice que me quiere mucho y yo la quiero mucho también. Es un poco después que antes pero no tan después de antes como el antes que iba después del otro antes y no llega la luz tan fuerte por

el pasillo. Me voy con mi mamá al cuartito de baño: ¡Ay, qué bien! Y ella me sujeta con sus brazos y me lleva frente a una ventana muy alta con un color resplandeciente como plata. Y me quiere poner frente a la ventana. ¡Ay, no mamá, que me da miedo! Pero ella me dice que no tenga miedo y me levanta con sus brazos fuertes y ¿sabes lo que había al otro lado de la ventana? Un niño. Un niño rubio que se reía como yo me estaba riendo. Y yo le quise preguntar a mi mamá quién era ese niño rubio tan guapo que se reía al otro lado de la ventana y me acerqué al niño para tocarle pero no pude tocar a aquel niño rubio tan guapo que me sonreía al otro lado de la ventana.

—Ea. Y ahora nos vamos al cuarto y a tu cunita que hay que acostarte. Dice mi mamá. Y me pone en mi cunita, y me arropa, y me deja en el cuarto muy muy calentito y deja encendida una luz roja muy pequeñita y se marcha:

—¡Ay, mamá, no te marches! —le digo yo.

Y ella me responde:

—Ahorita mismo vengo. Quédate quietecito y no te muevas hasta que yo regrese.

Ay, ya no está mi mamá pero yo la estoy esperando arropadito en mi cuna; bajo el calor de mi mantita la espero; y escucho unos golpes; unos golpecitos sonando bajo el suelo.

—Mamá vente —le digo. Pero mi mamá no está. Y yo sigo escuchando esos golpes sonando bajo el suelo: cada vez más fuerte. ¡Uy, qué miedo me da! Pero los golpes no dejan de sonar por debajo del suelo; por debajo de mi cunita. ¡Cuánto tarda mi mamá!

Y ahora escucho unas risas: son las risas de un niño que atraviesan el suelo por debajo de mi cunita.

—Mamá, vente. —Pero mi mamá no viene.

Ya está; lo he decidido; voy a ver de dónde vienen esos ruidos que escucho por debajo de mi cunita.

Y me levanto: retiro mi mantita. Y salto de mi cunita: ya está. Y sigo escuchando esos golpes y esas risas que no se cortan nunca nunca sonando fuerte muy fuerte, cada vez más fuerte. Salgo de mi habitación y llego caminando hasta el final del pasillo.

—¡Huy, qué miedo! Nunca había llegado tan lejos yo solito. Y ahora las risas suenan más fuertes al final del pasillo. Y al final del pasillo hay como unas piececitas unas blancas y otras negras.

—¿Qué serán estas piececitas? ¿Por qué son de distinto color?

Decido acercar mi oído al suelo y lo oigo otra vez: otra vez esas risas y esos golpecitos que no se paran y que siguen sonando por debajo del suelo.

—¡Mamá, ven! Ven a oír ésto que suena por debajo del suelo.

Y mamá no viene; así que decido pegar otra vez mi oído al suelo y vuelvo a escuchar esas risas y esos golpes y al fin suena una voz que me habla:

—Empuja la celosía sobre la que estás apoyado. No tengas miedo. No te voy a hacer nada.

Y le doy un golpecito a una de las piececitas de color negro y me doy cuenta de que gira por uno de sus lados. Miro adentro y todo está oscuro, muy oscuro, pero yo quiero saber de dónde vienen esas risas que suenan cada vez más fuerte y me llaman. Decido ir a mirar y bajo a través de la piececita que he abierto. Al fondo hay como otras muchas piececitas pero colocadas cada una por debajo y por delante de la anterior. Me apoyo sobre cada una de ellas y voy bajando hasta llegar a la última de todas.

—Al fondo del negro espejo en que descubriste mis rubios cabellos hay un bello juego de cristales plateados. El azogue se extiende hasta alcanzar el negro féretro que tienes en frente de ti. Avanza. Avanza muy despacio: ya casi puedes verme.

No entiendo nada de lo que me ha dicho ese niño y tampoco sé dónde está él pero ya no oigo ni risas ni golpecitos, sólo su voz y delante de mí una caja grande, enorme y que parece muy pesada.

—¡Mamá, ven a ver esto! —Pero mamá no responde.

Me a voy a acercar a la caja. Es bonita aunque me da miedo, mucho mucho miedo. No sé qué será esta cosa tan grande y tan negra.

—Avanza. Avanza hasta el negro féretro y por encima del brillante azogue plateado contemplarás mi sonrisa complaciente que te espera desde hace tanto tiempo para jugar contigo: No tengas miedo sólo quiero jugar contigo; ya te lo he dicho.

Y me acerco después de oír aquella voz: la voz de un niño como yo. Y me acerco; bueno ésto ya lo he dicho; y sobre la caja negra, grande y pesada hay una ventana como la del baño al que me lleva mi mamá para lavarme y jugar conmigo.

—¡Mira mamá! ¡Fijate lo que hay aquí! —Pero mamá no oye nada y no dice nada.

Y veo a aquel niño rubio que me sonreía mientras yo le sonreía antes: el antes en el que estaba en el baño jugando con mi mamá y yo le sonrío para jugar con él. Pero él no me sonríe como lo hago yo; qué extraño; y tienes

los ojos cerrados.

—Mírame bien: soy yo tu amigo tan igual a ti, quien te espera para darte calor al abrigo de mi blanco satén. Aquí estoy: acabo de abrir mis ojos para que veas que sí que es verdad que te hablo y te estoy llamando desde hace mucho mucho tiempo desde este lugar, justo aquí, para jugar contigo: al fondo de mi almohadillado lecho se está tan calentito. Ven a jugar conmigo.

***

—¿Dónde estará mi mamá, que tarda tanto? Hace ya tanto que estoy aquí solito. Yo estoy arropadito en mi cunita. Pero alguien ha puesto el espejo del baño por encima de mi cunita. Está todo muy oscuro. Y escucho ruidos ¡La risa de mi mamá! Y esa otra risa y esos golpes fuertes, muy muy fuertes, cada vez más fuertes… sobre el techo.

Arroyo de la Miel, 4 de septiembre de 2014

Profesor de piano ejerciendo actualmente en la ciudad de Algeciras, José C. Barroso es autor de diversas narraciones, algunas de las cuales han sido seleccionadas para formar parte de diferentes publicaciones y antologías. Tal es el caso de “La cazadora”, integrada en la antología para el segundo Certamen Internacional de Narrativa Breve *Galicia Meiga* con sede en la ciudad de Buenos Aires, y de “La carta”, que forma parte de la colección narrativa *Hijos de la Pólvora*; distribuida por Latin Heritage Foundation con sede en Washington, EEUU, y a la venta en Amazon. La revista digital *Relatos Increíbles* incluirá en su próxima tirada su relato “Súcubo”.

La estética narrativa de José C. Barroso discurre por un camino de convulso hermetismo que bebe de la fuentes más oscuras del ciclo negro y existencialista: Greene, Le Carré, Dashiell Hammett , Hoffmann y Poe, Boris Vian, Camus, Sartre, Kundera, Thomas Mann, Hesse y Kafka entre otros muchos son sus principales mentores aunque sus modelos más recientes y las referencias formales más inmediatas de su trabajo flotarían en el género distópico más recurrente.

Al margen de otros ensayos y obras de contenido poético diverso se siente en un momento de gran fecundidad creativa y ya está elaborando los bosquejos principales de su novela de ficción distópica "Ciudad Lunar".

Esta es su primera colaboración publicada en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con ASÍ PERMANECE HERMOSA LISA MARIE (ANTICUADA CANCIÓN PARA SONÁMBULOS), de Pé de J. Pauner.

Defecto de masa

Felipe Alonso Pampín

 ESPAÑA



Ilustración: Tut

Antes de ingresar por méritos propios en el catálogo de los más conspicuos terroristas del siglo XX, el doctor Vidal era un personaje infame en la Universidad de Santiago de Compostela. Prototipo del sabio despistado, personificación del genio huraño e iracundo, su figura enlutada y barbada de rabí hasídico pertenecía ya al patrimonio de la facultad de Geografía e Historia. Sus exámenes de Historiografía, auténticas masacres, le hacían tan abominable entre sus alumnos como ignominioso para sus colegas, contra quienes arremetía, ciego de furia, a la menor insinuación de una afrenta. No toleraba la oposición ni sabía sostener un debate civilizado. Como ejemplo de su intransigencia y narcisismo, baste decir que bloqueó durante dos años la lectura de una tesis doctoral porque versaba sobre el mismo tema que él estaba desarrollando en el seminario. Sólo cuando Vidal publicó la memoria de su investigación y se hubo asegurado la primicia sobre aquel tema, pudo defender su tesis el desdichado doctorando.

Jaime Vidal era colérico, desconfiado y susceptible. De haber sido un poco menos orgulloso y sólo algo más sabio, tal vez no habría matado a ochenta mil personas.

El último especialista al que consulté suscribe el dictamen unánime de los médicos que le precedieron: mis días sobre esta tierra tocan a su fin. Ya no debo nada a la cobardía y por este motivo me atrevo al fin a reconocer que el doctor Vidal y yo éramos amigos. También ha llegado el momento de asumir la parte de culpa que me corresponde en sus crímenes. Que estas páginas sean mi testamento y mi confesión.

Conocí a Jaime Vidal en el 78, en el transcurso de un seminario de filosofía de la ciencia, organizado por el Partido, que reconcilió por unos días a las sectas de Ciencias y Humanidades, divorciadas por un inexplicable y arbitrario cisma. Durante un descanso entre dos conferencias, mientras intercambiaba impresiones con un conocido, un comentario acerca de *El planeta de los simios* atrajo sobre mí la atención de Vidal. Sin pudor alguno, el implacable medievalista irrumpió en la conversación.

—¿Diría usted que es técnicamente posible?

—¿Disculpe?

—El viaje en el tiempo.

Me llevó un par de segundos ordenar mis pensamientos. En la novela por la que Jaime Vidal se interesaba los protagonistas experimentan un efecto de dilatación temporal al viajar en una nave a velocidades próximas a la de la luz. Ofendido por la interrupción y ansioso de regresar a mi charla, di al doctor Vidal una respuesta breve y, por consiguiente, imprecisa.

—Sí, claro que es posible.

Él asintió, satisfecho, y volvió a alejarse. Devolví la atención a mi interlocutor, ignorante de que el doctor Vidal me había concedido el raro y discutible privilegio de su amistad.

En las semanas que siguieron a aquel encuentro, Jaime me abrió un hueco creciente en su vida. Sus primeras invitaciones a tomar un café o una taza de vino en las tabernas del Franco me sorprendieron. Temía asociarme con tan excéntrico personaje y dudaba que compartiésemos algún interés común. Si accedí las primeras veces fue por simple cortesía, aunque pronto me dejé ganar por las mejores cualidades de aquel barbudo antipático y vanidoso. Bajo su disfraz de profeta maníaco y petulante latía un alma generosa, desgarrada por la temprana muerte de su esposa Noelia, en el año 51, apenas catorce meses después de la boda. Una peritonitis mal diagnosticada había privado a Jaime del amor de su vida, por quien todavía llevaba luto y a la que profesaba una fidelidad de ultratumba. Cuando me hablaba de su esposa fallecida, Vidal me descubría su corazón sensible. En los años que siguieron, sus muchas muestras de afecto y adhesión, a las que no perdí oportunidad de corresponder, forjaron entre nosotros una sólida

amistad.

Jaime tardó casi un año en volver sobre el tema que despertó su interés en mí y que, como pronto descubrí, constituía su obsesión.

—¿Cómo lo haría usted?

—¿El qué?

—Construir la máquina del tiempo.

Tiene sentido que un historiador se interese por el viaje en el tiempo. Más de una vez oí a Jaime quejarse de la insuficiencia de los materiales legados a la posteridad. La investigación histórica afronta terribles desafíos allí donde las pruebas fueron destruidas, adulteradas o no existieron jamás. Incluso los investigadores contemporáneos lidian con documentos incompletos, testimonios contradictorios y pruebas viciadas por un sesgo del técnico o un peritaje inconcluyente.

—La Historia no estudia los hechos del pasado. Eso es imposible. Estudia los vestigios. Las reliquias. Estamos tan lejos de poder ofrecer un relato veraz de los hechos históricos como un cartógrafo de dibujar el litoral de una playa a partir de un puñado de granos de arena.

Una máquina del tiempo iluminaría todos los capítulos oscuros de los libros de Historia. El investigador podría trasladarse al momento temporal objeto de su estudio y presenciar el suceso concreto, registrarlo, tomar muestras y realizar las pruebas científicas que una contaminación o extravío de las evidencias imposibilitaba en la actualidad.

Desde el punto de vista de un profesor de Física, el viaje en el tiempo es un reto fascinante. Aunque estaba muy alejada de mi especialidad, la hipótesis del viaje temporal implica principios generales al alcance de cualquier estudiante de primer año.

—Ya viajamos en el tiempo —dije—, aunque siempre hacia el futuro.

—Soy muy consciente de ello, pero mi interés se centra en el pasado.

—Lo daba por supuesto —sonreí—. ¿Cómo fabricaría yo una máquina del tiempo? No lo haría. Eso es trabajo para un ingeniero. Yo sólo podría intentar desarrollar las matemáticas implicadas en el proyecto, pero ¿cuál es su interés en todo esto?

Jaime enrojeció. Después palideció. Bajó la mirada y confesó, a media voz:

—Estoy escribiendo un libro.

Una novela. Ésa fue su excusa, que luego se revelaría falaz. El doctor Vidal era un aficionado a la Ciencia-ficción decidido a romper la barrera que separa al lector del escritor. Llevaba años trabajando en una historia que

implicaba una máquina del tiempo y estaba empeñado en que la parte científica fuese congruente.

—La publicaría bajo pseudónimo, por supuesto. No puedo comprometer mi prestigio académico por un capricho de juventud. Sería el hazmerreír de mis colegas. Pero volvamos al viaje en el tiempo. ¿Lo haría usted? ¿Escribiría las ecuaciones necesarias? Naturalmente, le pagaría unos honorarios por su asesoramiento.

Era en momentos como aquel cuando lamentaba no fumar en pipa. Eso me habría dado unos segundos de tregua mientras impostaba cargar la cazoleta o resucitar una brasa agónica y, quizá, no me habría sentido presionado por la exigente mirada de Jaime Vidal a aventurar una respuesta rápida:

—Podría ser divertido.

Por primera vez en mi vida le vi sonreír.

Desarrollar la teoría del viaje en el tiempo no fue divertido, aunque sí excitante. Empecé dedicándole al problema los tiempos muertos. Mis titubeos, la lentitud de mis progresos, me decidieron a empeñar en el encargo del doctor Vidal mis horas de descanso, fines de semana y, absorbido por el proyecto, también algunas gélidas noches de insomnio y ventanas emplumadas por la escarcha. Entre clase y clase yo me quedaba en un aula, llenando de ecuaciones una pizarra. Mis compañeros de la facultad hicieron escarnio de mí. Un colega de departamento me preguntó con sorna si intentaba crear el móvil perpetuo.

Me acostumbré a llevar siempre encima cuaderno y lápiz. Hacía cálculos en los trayectos en autobús, la sala de espera del dentista, las solitarias horas de tutoría. Enseñaba este cuaderno a Vidal cuando nos reuníamos y le traducía su contenido a un lenguaje profano. Esto dio lugar a algunos momentos embarazosos.

—¡Pues claro que lo entiendo! ¡Soy doctor en Historia, no un botarate!

El orgullo de mi amigo no le consentía admitir obstáculos a su inteligencia, por más que el latín y la paleografía exijan destrezas muy diferentes a la gravitación y la termodinámica. Más de una vez entreví en su mirada una sombra de perplejidad cuando profundizaba en mis explicaciones. Suponía yo entonces que Jaime no había comprendido parte de mi razonamiento, o que no lo había entendido en absoluto, pero no volví a cometer el error de señalar su ignorancia y exponerme a un desplante.

Esto me convierte en cómplice de su pecado.

Mientras desarrollaba la teoría del cronoviaje, una y otra vez me tropecé con el mismo dilema: el principio de causalidad permitía a la máquina del

tiempo viajar al futuro, pero le imposibilitaba retroceder a un momento anterior a su construcción. No revelaré cómo resolví el problema porque no quiero que nadie replique el experimento. Sólo diré, y perdón por la inmodestia, que en otoño de 1981 alcancé una solución elegante e incluso hermosa. Repasé una y otra vez las matemáticas y eran inatacables. Acaso ningún ingeniero podría construir un dispositivo capaz de producir el efecto descrito en mis ecuaciones, pero cualquier físico del mundo habría validado los fundamentos teóricos.

Presenté mis conclusiones al doctor Vidal y le entregué el cuaderno de notas. Jaime estaba entusiasmado.

Catorce meses después había muerto, junto a toda la población del área metropolitana de Santiago de Compostela, y cargado mis hombros con esta terrible culpa.

La investigación posterior nunca descubrió la verdad. Presionada para alcanzar un dictamen, la comisión se sacó de la manga el impacto de un cometa que ningún observatorio detectó a tiempo de dar la alarma. El cráter radiactivo que hoy se extiende de San Marcos al parque de Victoria Míguez fue declarado cicatriz de un bólido estelar. Que el epicentro de la destrucción estuviese en Quiroga Palacios, donde Jaime Vidal tenía su apartamento, no llamó la atención de los investigadores. Se les exigía ofrecer una explicación a lo sucedido y llegaron a una respuesta plausible. La hipótesis del cometa, que a raíz del calor desprendido en la colisión se habría transformado en agua y materia orgánica no específica, explicaba por sí misma la ausencia de restos en el lugar del incidente.

Pero no fue eso lo que sucedió.

Sólo yo sé que la devastación de mi ciudad natal fue consecuencia de un viaje al pasado. El doctor Vidal logró construir su máquina del tiempo. Y la hizo funcionar. La única razón por la que estoy en condiciones de contarlo es que me hallaba en Milán, donde era ponente de un congreso de astrofísicos. Allí me llegaron las primeras noticias de la tragedia y comencé a penar mi participación en el nefando crimen de mi amigo.

El testimonio de Andrés Segorve, ingeniero eléctrico de la Complutense de Madrid, ante el comité parlamentario, invita a pensar que el doctor Vidal requirió la colaboración de otros técnicos y especialistas en diversos campos de la ciencia, además del autor de estas líneas. Apenas puedo asimilar que Jaime construyese su artefacto. El dinero no habría sido impedimento. A la muerte de Noelia, única heredera de una de las más acaudaladas familias de España, Vidal había quedado en posesión de una fortuna que no tuvo ocasión de malbaratar. Vivía como un asceta, sólo

gastaba en libros y sus hábitos en la mesa y el vestido no admitían alardes. Habría podido invertir un Potosí en su proyecto, y al parecer lo hizo.

Haya comprendido o no los fundamentos matemáticos de su experimento y fabricado él mismo la máquina, con unas habilidades que le desconocía y no me atrevo a atribuirle, o tan sólo ensamblado los componentes confeccionados por otras personas, el doctor Vidal cometió un homicidio en masa. Si la carencia de una sólida formación científica y el monstruoso orgullo que le impedía admitir su desconocimiento son agravantes o eximentes de su conducta deberán solventarlo las generaciones venideras.

¿Qué sucedió cuando Jaime Vidal encendió su máquina del tiempo? Que su cuerpo desapareció de un punto del continuo espacio-tiempo y reapareció en otro, acompañado del artefacto que lo hizo posible. Ahora bien, la ley de Lomonósov-Lavoisier nos advierte que la materia no se crea ni se destruye, de modo que el universo compensó el defecto de masa causado en el presente por la fuga temporal de mi amigo. Y así, el equivalente en radiación ultravioleta a noventa kilos de medievalista viudo, más lo que pesase su máquina, restablecieron el equilibrio comprometido, reduciendo Compostela a un boquete estéril e incinerando a sus habitantes.

Cualquier alumno de primero de Física habría podido prevenir a Jaime de lo que iba a suceder, aunque, conociendo su cabezonería, me lo imagino rechazando esa afirmación que entraba en conflicto con su experiencia. Conviene recordar que mi amigo era historiador. Trabajaba con reliquias deterioradas, incompletas, dispersas, que habían llegado a sus manos a través de una inquebrantable cadena de tiempo. La idea de que extraer un sólo eslabón de dicha cadena supusiese interrumpir la existencia material de un objeto a lo largo de la historia, cuando su propio trabajo con los vestigios del pasado sugería lo contrario, no habría encontrado acomodo en su entendimiento.

Ya fuese por su impericia científica, su monstruosa arrogancia o su testarudez, el último acto de mi insensato amigo incendió mi mundo. Compostela, capital espiritual de Europa, ha dejado de existir. La Carballeira de Santa Susana es hoy un barranco. La catedral, depositaria de incontables tesoros, y sus tejados siempre cubiertos de nieve, han desaparecido. El panteón de gallegos ilustres en Santo Domingo de Bonaval, la plaza de abastos, San Martín Pinario, el Salón Teatro, la librería González, el cine Capitol, el Yago, el Valle Inclán, donde en las tardes de otoño buscaba refugio de la helada… Todos esos paisajes de mi infancia se han convertido en humo, junto con la mayoría de mis colegas de la facultad, todos mis pupilos y mi tranquilidad de espíritu.

La persona que encuentre estas páginas tal vez se pregunte a qué época decidió viajar el doctor Vidal. ¿Acaso es necesario señalarlo? Una negligencia médica le privó del amor de su vida, la única persona a la que Jaime amó más que a su propia soberbia. No me cabe duda de que condujo la máquina del tiempo al año 1951, resuelto a impedir que la enfermedad de su idolatrada Noelia la condujese a un prematuro y amargo final.

Ahora que el cuervo negro de la muerte roe mis maltrechas carnes quisiera hacer alguna ofrenda al romanticismo e imaginar la reacción de Jaime al encontrarse con una versión más joven de sí mismo, pero la terca ciencia, a quien he dedicado mi vida, no admite consuelo alguno. No vivo en una línea temporal donde Noelia Vidal esté viva, y, por otra parte, su supervivencia nunca habría despertado en mi amigo el deseo de fabricar un mecanismo que le permitiese reescribir la historia. Además, dudo que Jaime tuviese la perspicacia de compensar, al determinar el destino de su viaje, la rotación de la tierra, que podría haberle hecho aparecer en cualquier parte del globo. Quizá en mitad del Pacífico, donde habría encontrado la muerte. Así pues, sólo cabe concluir que la misión del doctor Vidal fue un fracaso. Deduzco que la propia arquitectura del cosmos excluye la posibilidad de las paradojas a que daría lugar un viaje al pasado. Esta triste evidencia, al alcance de cualquier lego en Física, es aún más tangible bajo la luz de un estricto razonamiento científico. Las mismas leyes universales que me permiten describir las fuerzas implicadas en la destrucción de Compostela condenan el fantástico viaje de Jaime Vidal a un desenlace tan trágico como inexorable. Llegado al año 51, procedente del futuro, el crononauta y su equipo desencadenarían un repentino exceso de masa en ese momento de la línea temporal, al igual que su partida había provocado un déficit en el futuro del cual procedía. La necesidad de restablecer el equilibrio comprometido por la materia importada del año 1981 se tradujo en una instantánea inversión local de la entropía que tomó la forma de una gigantesca burbuja en torno al viajero del tiempo donde la temperatura descendió hasta ser indistinguible del cero absoluto. El peso de la atmósfera terrestre acabó aplastando ese globo de vacío helado, provocando una devastadora implosión supersónica, pero para entonces mi amigo Vidal estaba más que muerto a causa de la congelación y, con un poco de suerte, su dispositivo había quedado inservible.

Así debió suceder, por fortuna para nosotros. Las probabilidades de que la máquina del tiempo cayese en poder de un demente, un criminal o un tirano deberían preocuparnos a todos. ¿Qué habría hecho Calígula con el artefacto del doctor Vidal? ¿Y Atila el Huno? ¿E Iván *el terrible*? En sus manos se convertiría en el arma definitiva, permitiéndoles pervertir la historia a su

capricho. Y lo peor de todo es que no nos daríamos cuenta. Viviríamos en una línea temporal corrupta, aislados de cualquier otra versión del pasado diferente a la que habría llegado hasta nosotros mancillada, encanallada, desfigurada. Seríamos, sin saberlo, prisioneros de la fantasía de un megalómano. Demos gracias porque el único precio que pagamos por la insensatez de Jaime hayan sido ochenta mil cadáveres y esta pequeña edad de hielo que blanquea Europa desde hace medio siglo, prueba de que el viaje al pasado existió y, también, de que era inevitable.

Pero ya nada de esto me perturba. Pronto rubricaré el último capítulo de mi propia historia. No esperaré a que el cáncer me reduzca a una sombra gemebunda. Conservo mi vieja pistola y la determinación de usarla. Que estas páginas hablen en mi defensa o denuncien mi colaboración en la locura de Jaime Vidal. Si tengo alguna responsabilidad en sus crímenes, vivir con la comezón de los remordimientos ha sido mi condena, la enfermedad mi castigo y mi inminente suicidio mi expiación. Pido perdón a todos y termino esta carta con el sincero deseo de que las familias de los fallecidos en el Incidente de Compostela encuentren, al fin, la paz que tanto merecen.

Pedrafita do Cebreiro, Provincia de Lugo, abril de 1983.

71º Cumpleaños del Gran Líder Kim il-Sung, 35º Jubileo del Imperio Universal de la Gran Corea Popular y Democrática.

¡Mansei Chosun!

Nos cuenta Felipe Alonso Pampín: “En cuanto a la pequeña reseña biográfica, baste decir que soy licenciado en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela y biblioadicto desde que tengo uso de razón. He colaborado en el pasado con pequeños fanzines de más bien escasa notoriedad y desempeñado diversas actividades profesionales mientras dedico, en mis horas muertas, a perpetrar relatos como el que les ofrezco y novelas que reciben casi tantos elogios como rechazos editoriales (a menudo, y valga la paradoja, de las mismas fuentes)”.

En Axxón ya ha publicado CLUB PRIVADO, LA MANO DE LUCIFER y RUIDO BLANCO.

Este cuento se vincula temáticamente con DEMASIADO TIEMPO, de Alejandro Alonso.

Equipo

Axxon

Equipo de Redacción: Chinchiya Arrakena, Alejandro Baravalle, Francesc Barrio, Carlos Eugenio Belisle, Sergio Bonomo, Pablo Burkett, Eduardo J. Carletti, Julio Cesar Castillo, Daniel Contarelli, Sofi Cos, Fernando José Cots Liébanes, Gustavo Courault, Claudia De Bella, Marcelo De Lisio, Néstor Darío Figueiras, Bárbara Gudaitis, Marcelo Gustavo Huerta, Serj Alexander Iturbe, Ricardo Manzanaro, Carlos Morales, Andrés Nieto Bugallo, Eduardo Poggi, Hugo A. Ramos Gambier, Valeria Uccelli, Carlos Daniel J. Vázquez (Axxonita), Santiago M. Vázquez Paggi, Pablo Vigliano



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**